

RESEÑAS

BITTEL, K. y NAUMANN, R.: *Bogazköy-Hattusa*. Ergebnisse der Ausgrabungen des Deutschen Archäologischen Institutes und der Deutschen Orient-Gesellschaft in den Jahren 1931-1939, I, Architektur, Topographie, Landeskunde und Siedlungsgeschichte. W. Kohlhammer Verlag, Stuttgart, 1952; 184 pp., 41 ilustr., 64 lám., 14 planos, 4°.

El Instituto Arqueológico y la Sociedad Orientalista alemanes organizaron desde 1931 hasta el comienzo de la gran guerra, año por año, excavaciones en la famosa capital hetita, descubierta en 1906 por Hugo Winckler. La dirección de esta empresa científica estuvo a cargo de Kurt Bittel, director del Instituto Arqueológico Alemán de Estambul. Algunos de los monumentos y hallazgos excavados ya fueron publicados con anterioridad, por ejemplo, el gran santuario rocoso de Yazilikaya y los sellos. Pero los resultados de la excavación que se refieren a la propia ciudad y fortificación situada sobre la colina Büyükkale, aguardaban todavía la descripción exacta, a pesar de haber aparecido relatos preliminares al respecto en las *Abhandlungen der Preussischen Akademie der Wissenschaften*.

La excavación de Bogazköy, interrumpida por la guerra, no está terminada. No obstante, Bittel se decidió a publicar los resultados obtenidos en su estado fragmentario, evidentemente por no creer que sea posible continuar las excavaciones dentro de un plazo razonable. Afortunadamente, fué demasiado pesimista; volvió hace algunos años a Turquía como director del Instituto Arqueológico Alemán y reanudó los trabajos en Bogazköy con gran éxito, como pudimos enterarnos en base a las noticias de los diarios. Así, el libro presente no será el último relato sobre Bogazköy, si bien, en cierto modo, tiene carácter definitivo. Eso se refiere a aquellas partes del volumen que se ocupan de la topografía e historia del poblamiento de la capital hetita (con una tabla cronológica muy oportuna) y del folklore de los habitantes actuales de Bogazköy. Los otros capítulos, también muy instructivos, sobre las fortificaciones, barrios civiles, tumbas, monumentos arqueológicos en los alrededores más cercanos y más lejanos de la ciudad, canteras, hallazgos esqueléticos, huesos de animales domésticos, maderas, etc., hallarán complementos más o menos substanciales por las nuevas excavaciones. Los numerosos hallazgos de armas y utensilios que fueron desenterrados durante las campañas antes de 1939, no han sido presentados de manera exhaustiva hasta la fecha. Aunque Bittel intentó esta publicación, postergará ahora posiblemente su realización para reunir todo el material mueble en un sólo tomo. La obra presente contiene una lista de las publicaciones anteriores sobre las excavaciones en Bogazköy entre 1931 y 1939, indicando el número del tomo, pero no el año de aparición de las revistas respectivas, lo que

siempre hallo muy molesto. Por lo demás, el libro corresponde a todas las exigencias científicas. Merecen mención especial las excelentes láminas que presentan de la manera más profusa y perfecta, impresiones sobre el carácter del paisaje y de los monumentos visibles excavados. Así, la obra es indispensable para todo el que se interese por la historia del más antiguo pueblo indoeuropeo del Oriente.

O. F. A. MENGHIN

NEVERMAN, H.: *Piramiden in Polynesien*, en «Baessler-Archiv.», vol. III, pp. 217 a 223. Berlín, 1955.

Una corta historia y descripción del célebre *marae* «Mahatea» de la isla de Tahití, que era una importante pirámide escalonada de unos 27 metros de ancho por 80 de largo y alrededor de 15 de altura, sirve al autor de este trabajo para referirse a la presencia y al significado que las pirámides de Polinesia pueden haber tenido.

En realidad, no son muchas las estructuras de este tipo que se conocen, y por lo general se encuentran hoy día muy deterioradas. Por su origen, se supone sean ampliaciones o desarrollos de los *ahus*, que normalmente no constituyen plataformas. Con la excepción de las semipirámides de la isla de Pascua, las construcciones piramidales de Polinesia ostentan todas una forma alargada y constan de varias plataformas superpuestas una a otra. En su construcción se empleaban los bloques y las lajas puestas de canto, un relleno de piedras menores y otras horizontales por encima del conjunto. Todo sin ninguna clase de argamasa. Y en cuanto a su función, puede tanto tratarse de bases para sepulturas de importantes personajes, como de altares de piedra que se destinaban al culto.

Nuestro autor niega toda relación de estas estructuras polinesias con las pirámides del Viejo y del Nuevo Mundo. Y las considera, más bien, como el resultado natural de ensayos de construcción que habrían sido realizados independientemente de toda influencia de una y otra parte, y en época relativamente reciente.

Sin embargo, la afirmación nos parece un poco apresurada, en razón, sobre todo, de que todavía no se han realizado estudios comparativos con las pirámides americanas. Con las *yácatas* tarascas, por ejemplo. Por otra parte, si bien es cierto que las construcciones piramidales polinesias que vieron los descubridores parecen haber sido de erección reciente, no debemos olvidar que en la construcción de todo *marae* debía intervenir siempre al menos una piedra extraída de una similar estructura anterior. Y esto ya nos señala que no todas las pirámides pueden haber sido contemporáneas.

SALVADOR CANALS FRAU

IMBELLONI, J.: *Rassentypen und Biodynamik von America*. En «Historia Mundi», tomo I, pp. 188 a 203, Bern. 1952.

En el tomo primero de la nueva *Historia Mundi* que un destacado grupo de especialistas de varios países está publicando en lengua alemana, se ha in-

cluido, con mucho criterio por cierto, una larga introducción antropológica. La parte principal de la misma está constituida por una serie de colaboraciones que, agrupadas bajo el título general de «biodinámica de los continentes», quieren resumir la situación antropológica y el proceso del poblamiento humano en las diversas partes del mundo.

El trabajo al que queremos referirnos aquí es una de esas colaboraciones, la que por corresponder a nuestro propio continente, creemos ha de interesar a los lectores. Ha sido preparada por el conocido antropólogo argentino doctor José Imbelloni.

No es, por cierto, la primera vez que Imbelloni expone sus ideas sobre la división racial del Hombre americano y el proceso histórico que llevó al poblamiento indígena del Nuevo Mundo. Pues, en los dos últimos decenios ha vuelto reiteradamente sobre el tema, y cada vez con sólo ligeras diferencias en el contenido de sus escritos. De manera general puede afirmarse que el nuevo trabajo sigue también en la línea de los anteriores, aunque incorporando algunas modificaciones que son, creemos, las que justifican el porqué nos ocupemos especialmente del mismo.

En lo que a terminología se refiere, *Rassentypen und Biodynamik von America* apenas si ofrece variantes frente a sus predecesores. Y debemos lamentarlo. Pues, ello nos demuestra que los esfuerzos realizados por varios investigadores en el sentido de unificar la nomenclatura antropológica sobre la objetiva base de la prioridad en las denominaciones, no ha encontrado todavía eco propicio en nuestro autor. Y en el trabajo que comentamos llega a darse la incongruencia, que sin duda afea la obra toda, de que mientras en aquellas partes del libro que han sido redactadas por otros autores se respetan estas normas internacionales y objetivas, Imbelloni, en su texto, sigue llamando «pámpidos» a los Patagónicos y «amazónidos» a los Brasilidos.

Tampoco hay mayores novedades en lo que se dice en contra de la pretensa unidad del Hombre americano. Imbelloni es, sin duda, el autor que en los últimos tiempos, más ha combatido la vieja tesis de Samuel Morton, tan celosamente defendida por Hrdlicka durante toda su vida. Sólo que ahora se siente más acompañado. Pues, en las últimas décadas se habrían producido numerosas conversiones, entre las cuales el autor destaca la de los norteamericanos R. B. Dixon y E. A. Hooton, y la de los mexicanos J. Vivó, J. Comas y Johanna Faulhaber. De algunos de estos autores ignoramos completamente dónde y cuándo han aportado hechos o formulado teorías que contradigan la tan mentada unidad. Y conocemos, en cambio, a otros investigadores que han hecho eso, y sin embargo no son mencionados por Imbelloni. En realidad, no es que creamos que al asunto le competa una importancia extraordinaria, sino todo lo contrario. Pues, la vieja doctrina no llegó nunca a imponerse en el mundo, y sus opositores, tácitos o declarados, han sido siempre en número mayor que sus defensores.

El número de tipos raciales americanos (nuestro autor hablaba antes de «razas») cuya existencia reconoce Imbelloni en su nuevo escrito, sigue siendo más o menos el mismo. Al menos desde las modificaciones introducidas en 1941. Y no deja de llamar la atención el hecho curioso —otra señalada incongruencia— de que mientras en el mapa de Sudamérica que acompaña el trabajo se representa gráficamente la dispersión de los Huárpidos, y en una nómina de todas las variedades y subvariedades humanas existentes en el mundo se incluye a

este grupo biológico introducido por nosotros, en el texto de Imbelloni no se menciona para nada la existencia del nuevo tipo racial. Es cierto que ni el mapa ni la mencionada nómina parecen ser obras del autor que comentamos.

Muy poca intervención concede Imbelloni a las influencias ambientales en la plasmación o modificación de los tipos humanos. Especialmente en América. Y como considera que todos los indígenas americanos tienen su origen último fuera del continente, se ve forzado a admitir casi tantas clases de inmigrantes como entidades raciales ha determinado previamente. Sólo la capa de australoides, que Imbelloni coloca en tercer lugar, habría dado, al parecer, una pluralidad de tipos. Los demás grupos corresponden siempre a sendas inmigraciones particulares.

Imbelloni defiende la buena tesis, formulada ya por el P. Gregorio García en el siglo XVII, de que en el hecho del poblamiento primitivo de América no hemos de ver empresas conscientes de conquista ni de colonización. Sino que este proceso, grávido de consecuencias históricas, careció de finalidad preconcebida, no siendo otra cosa que una simple difusión en el espacio de los grupos que moraban en las proximidades del continente. Imbelloni aclara el pensamiento del P. García diciendo que se habría tratado de un mero «deslizamiento» de aquellas formas humanas que en un determinado momento de la prehistoria dominaron el borde oriental del mundo euroasiático y la Insulindia. De acuerdo con esto, el mencionado «borde oriental» habría estado sucesivamente dominado por tasmanoides, melanesoides, australoides, protoindonesoides, etc. Lástima que nuestro autor no nos diga sobre qué hechos reales o consideraciones teóricas basa este «panorama étnico del Viejo Mundo, propio de las épocas pasadas», que tanto se aparta de lo que conocemos.

Si en todo lo que antecede hemos podido notar pocas novedades frente a lo expuesto en otras ocasiones por el mismo autor, hay algunos otros aspectos, en cambio, en los que Imbelloni ha modificado sensiblemente sus antiguos puntos de vista. Por ejemplo, todavía en 1950 nos objetaba que para llegar al verdadero conocimiento de la realidad americana hubiésemos combinado los datos antropológicos con los arqueológicos, los lingüísticos con los etnográficos. Hoy, en cambio, nuestro autor nos recuerda que en nuestro continente los «datos morfológicos, culturales y dinámicos... van de consuno». Agregando que en América, al revés de lo que sucede en los demás continentes, «los límites de las lenguas coinciden en gran parte con los de las culturas y de los grupos raciales». Lo cual, a su vez, haría que estos distintos aspectos «se apoyen mutuamente cuando se trata de comprender los grandes problemas del continente doble». Con lo cual estamos plenamente de acuerdo.

Tampoco era partidario nuestro autor, de acuerdo con lo que declarara en la fecha mencionada, del procedimiento oportunamente intentado por nosotros de «clasificar los grupos raciales americanos en serie cronológica, destinando cada uno de ellos a figurar en un primero, segundo o tercer peldaño». Ahora, en cambio, el procedimiento le parece plausible y lo adopta sin reserva alguna. No otra cosa significa el que al proceder a ordenar sus capas de población americanas, lo haga con la expresa declaración de que coloca primeramente «las más antiguas», y termina luego con «las más recientes». Pues, cada una de estas capas está siempre compuesta por uno o varios de sus tipos raciales. Es decir, procede en forma parecida a la en que lo hicimos nosotros.

Notamos, finalmente, una serie de expresiones un tanto raras que no que-
remos, empero, comentar. Nos referimos a frases como «los *Changos* que viven
en el Perú», «los indígenas de la floresta brasileña carecen de cerámica», etc.
Pues, creemos que son errores de imprenta o meros *lapsus calami*.

SALVADOR CANALS FRAU

HONIGMANN, J. J.: *The Kaska Indians. An ethnographic reconstruction.*
Yale publications in Anthropology, N.º 51, 160 pp. New Haven, 1954.

A partir de 1943 y en repetidas visitas a los campamentos de los indios *Kaska* de Norteamérica, Honigmann recopiló abundante información para un estudio etnográfico de los mismos. El fruto de sus investigaciones se dió a publicidad en dos etapas. La primera, en 1949, tuvo como objeto la cultura actual de estos indígenas (*Culture and Ethos of Kaska Society* en Yale publications in Anthropology, N.º 40). La que cinco años más tarde edita la misma Universidad es un intento de reconstrucción de la vida aborigen en épocas anteriores al primer contacto con la civilización occidental, cuyo impacto había de provocar sensibles modificaciones culturales.

El volumen está organizado en cinco secciones: 1) la búsqueda de alimentos; 2) vida de campamento; 3) organización social; 4) sistema ideológico y 5) ciclo vital.

Los *Kaska* constituyen el grupo más septentrional de los *Atabascos*. Viven en la parte norte de la Columbia Briánica y en el sur del territorio del Yukón. La zona que habitan es de clima frío, boscosa y rica en animales de caza. El medio geográfico determina en el año dos períodos francamente opuestos en cuanto a las actividades de ese pueblo. El verano era la época de intensa caza y preparación de carne para su almacenamiento. Recolectaban además frutas silvestres, raíces, etc. Usaban flechas, arco, maza y honda, así como variedad de trampas para cazar animales. Cuando viajaban por agua lo hacían en canoas construídas con troncos de árbol o botes de piel de alce. La vivienda, de forma cónica, era de postes cubiertos de musgos o a veces un simple paravientos. El vestido, de cuero curtido de caribú.

La llegada del invierno, con temperaturas rigurosísimas, les obligaba a una modificación casi total de su actividad. Mudaban el campamento a orillas de los lagos helados, donde construían sólidas viviendas y suplementaban su dieta con los productos de la pesca. Las casas no eran de tipo uniforme, y a veces se fabricaban de hielo o semisubterráneas para mantener el calor. Las raquetas para la nieve significaban un valioso auxiliar de transporte. Al traje de cuero añadían mantas de pieles. Los utensilios eran en su mayoría de hueso, piedra pulida y cuerno de caribú o cabra. La industria de la madera estaba poco desarrollada. La familia extensa constituía la unidad social. La sociedad, estratificada de acuerdo a la riqueza, estaba integrada por ricos, pobres y esclavos, producto estos últimos del botín de guerra. La religión era animista. Los shamanes cumplían una función importante dentro del grupo, por sus poderes curativos y para debilitar, con su influencia, a los enemigos. En gran parte el ritual má-

gico estaba vinculado con la caza y la cura de enfermedades. Había también prácticas mágicas asociadas al embarazo, nacimiento y pubertad. Atribuían la muerte a una pluralidad de causas sobrenaturales.

El análisis de lo que hemos mencionado sucintamente es completo y extenso en el libro, y de él surgen conclusiones que permiten valorar debidamente esta cultura.

Los *Kaska* constituyen una de las tribus más noroccidentales del grupo Atabasco. En razón de su posición geográfica, la cultura presenta ciertos rasgos de transición. La zona no tiene la base ambiental que, en conjunción con una tecnología de explotación apropiada, hubiera permitido una población en aumento, viviendas sedentarias y una vida ceremonial compleja. Si bien en algunos aspectos se pueden hallar en la cultura *Kaska* vinculaciones con los grupos de la Costa Noroeste, ya que en una y otra parte aparecen las canciones, danzas, uso de máscaras animales y el *pollatch*, ella carece, en cambio, de otros elementos importantes, tales como la pesca del salmón, la caza marina, la vida sedentaria, la nobleza hereditaria y el intenso ceremonialismo, como para permitir integrarla en aquéllos.

La comunidad *Kaska* se asemeja mucho por su forma a la pequeña banda, dedicada a la caza y la pesca característica del bosque norteño, sin jerarquías políticas dignas de mención, con escasos bienes materiales, con un *pollatch* atenuado, y presionada en todo tiempo por la necesidad de procurarse alimentos.

M. ESTHER HERMITTE

MULLER, W.: *Die blaue Hütte. Zum Sinnbild der Perle bei nordamerikanischen Indianern*, en «Studien zur Kulturkunde», tomo XII, 145 pp. Franz Steiner Verlag, Wiesbaden 1954.

Entre los *Algonquinos* y los *Siux* algonquinizados que viven alrededor de los Grandes Lagos y al Oeste de los mismos, florecía hacia el siglo XIX una asociación cerrada de hombres y mujeres llamada *midewiwin*, cuyo objetivo era la prolongación de la vida y la migración afortunada sobre las cuatro colinas de la vida, o sea la niñez, la juventud, la madurez y la senectud. Contemporáneamente fué transmitido un extenso saber sobre remedios vegetales. El acto principal de las ceremonias simbólicas realizadas en este rito fué el «introducir por tiro» la sagrada conchilla en el cuerpo de los socios. La conchilla vale por el símbolo de la asociación y de la vida. La ceremonia se efectuaba en una «choza de medicina» construída particularmente para esa finalidad: para su decoración se utilizaba ante todo el color azul. El origen del rito debe buscarse entre los *Odchibwä*, gran tribu algonquina, y parece que el lugar de origen del mismo se encontraba en la isla La Pointe, en el rincón sudoccidental del Lago Superior, donde se remonta, sin duda, a una edad muy antigua. De ninguna manera puede tratarse de una institución relativamente moderna, producida por contactos con los europeos. Pueden distinguirse claramente dos formas del rito. El tipo más antiguo tiene estrecha relación con el Ser supremo *Kitchi Manido*, mientras que en la «choza» más reciente un héroe cultural y *trickster* reemplaza al primero. No falta oposi-

ción de los indígenas contra esta figura. El autor investiga muy cuidadosamente y con método ejemplar el desenvolvimiento de este complejo religioso y sus muy significativos elementos. Revela en esta ocasión una capa aún más antigua, la celebración de las doce noches (o la «casa grande») de los *Lenapes* y la «casa de la nueva vida» de los *Arapaho-Cheyenne*, es decir, de las alas más oriental y más occidental de los *Algonquinos*. El sentido de estas ceremonias es cósmico; en su centro se encuentra el Creador o Gran Espíritu, como en la forma más antigua del *midewidin*, pero con una diferencia decisiva; se trata de festividades tribales en las cuales participaban todos, no solamente el círculo de los iniciados. Parece evidente que estas tres etapas de desarrollo religioso entre los *Algonquinos* y *Siux*, no representen otra cosa que un fenómeno parcial dentro de un conjunto evolutivo mucho más grande. Es una lástima que el autor no se haya propuesto la tarea de examinarlo, pero esto no influye sobre el mérito de su excelente estudio, que crea una base sólida para un importante sector de la historia de las formas religiosas de Norteamérica.

O. F. A. MENGHÍN

ZERRIES O.: *Wild- und Buschgeister in Südamerika. Eine Untersuchung jüngerzeitlicher Phänomene im Kulturbild südamerikanischer Indianer* en «Studien zur Kulturkunde», tomo XI. 401 pp. Franz Steiner Verlag Wiesbaden 1954.

Estas investigaciones tienen como punto de partida el pensamiento, sin duda acertado, de que en las culturas de los cultivadores sudamericanos se conservan muchos elementos del sustrato anterior de cazadores. Entre ellos se destacan los espíritus de los animales y del bosque. El autor define como espíritus del primer grupo a los seres sobre los cuales el hombre, a pesar de que tienen cualidades extraordinarias, puede ejercer influencia y hasta engañarlos. Estos seres originariamente poseen carácter «numinoso», es decir, que son deidades degeneradas, lo que se deduce especialmente por el hecho de que muchas veces figuran como dueños de los animales o conservan peculiaridades divinas.

En la primera parte del libro se presentan los materiales documentales de esta clase de espíritus. En primer lugar figura *Corupira-Kaapora*, dueño de los animales entre los Tupí; luego los espíritus auxiliares de los cazadores, tales como la Gran Serpiente, que es la autora de los vegetales alimenticios, animales y hechizos; además la rana, los insectos y los pájaros como ayudantes en la magia de caza. Más adelante se refiere a los dueños de animales especiales y continúa con los ritos de creador, tales como la reconciliación de los animales matados y su venganza. Luego ilustra las relaciones entre caza, *couvade*, los ritos acerca de los huesos, imágenes animalistas como hechizo de caza, caza y sexualidad, danzas animalistas, etc. El autor comprende en el grupo de espíritus del bosque a los seres que tienen una esencial conexión con las plantas por él: los dueños de la selva y los espíritus arbóreos, como también a los espíritus que no tienen otra relación con el bosque más que por detenerse en él. A estos últimos pertenecen igualmente las almas de los difuntos que han penetrado en los animales salva-

jes o en los árboles de la selva. El capítulo que se ocupa de estos seres de delimitación algo vaga considera las manifestaciones de los espíritus del bosque y sus relaciones con la vegetación de la magia cazadora, de la medicinal y de la tóxica; se refiere también a las características y rasgos especiales de estos espíritus y a las ideas pertinentes. Estas explicaciones abarcan la demostración de numerosos fenómenos etnológicos y sus correlaciones histórico-culturales.

En base a tan extensa documentación el autor nos ofrece sus conclusiones científicas en la tercera parte del libro. Su finalidad principal es comprobar el origen cazador de la gran mayoría de los fenómenos descritos y demostrar su ulterior desarrollo en el ambiente de plantadores. La comparación con los fenómenos etnológicos del Viejo Mundo constituye por cierto un gran apoyo; no obstante, resulta difícil desenredar una madeja de procesos tan complejos, y aunque el autor seguramente tiene razón en su tesis fundamental, es obvio que también se pueda opinar de otra manera con respecto a ciertos detalles. Por ejemplo, no nos parece probable la afirmación —que se deduce de una serie de premisas muy hipotéticas— que en un principio el animal individual representaba a la deidad. Creemos que mediante una división más exacta de las unidades culturales sudamericanas sería posible profundizar nuestros conocimientos del desarrollo de estas manifestaciones especiales de la vida indígena, pues «cazador» y «cultivador» son conceptos complejos. Los ciclos correspondientes incluyen varias modalidades, varios idearios. Por lo tanto, el cuadro de Zerries, no obstante su complejidad, nos parece todavía demasiado simple, juicio que, sin embargo, no quiere disminuir el mérito de la obra. El autor ha recolectado un enorme caudal de fuentes y ha dilucidado muchos problemas. Su libro será la base imprescindible para todas las investigaciones futuras sobre el tema.

O. F. A. MENGHÍN

MEDINA, J. T. *Los aborígenes de Chile*. Fondo Histórico y Bibliográfico «José Toribio Medina», 431 pp. Santiago de Chile, 1953.

Fué, sin duda, una iniciativa feliz la del Gobierno de Chile de constituir un «Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina», con la misión de reeditar las obras del eminente polígrafo chileno, infaustamente fallecido en 1930. Constituido el Fondo en 1952, sus administradores se dieron seguidamente a la tarea de cumplir su cometido.

Una de las primeras obras felizmente reeditadas ha sido la que aquí presentamos. «Los aborígenes de Chile» se hallaba desde hace tiempo completamente agotada, y eran muchos los investigadores que deseaban poder disponer de un ejemplar para la continuada consulta. Como se sabe, se trata de un libro que fué primeramente publicado en 1882, cuando su autor contaba sólo 30 años de edad. No obstante lo cual, y pese a que por la época se carecía de estudios previos sobre la materia, la realización resultó un éxito tan rotundo que todavía hoy se la considera como obra clásica. Hoy se encuentra naturalmente envejecida, aunque algunas de sus partes, sobre todo aquellas dedicadas a los *Araucanos*, siguen siendo poco menos que insustituibles.

La reedición, en gran formato y buen papel, ha sido hecha con toda nitidez y lleva todas las notas y grabados originales. Una larga introducción de más de 70 páginas, que debemos al profesor Carlos Keller R., precede al clásico texto. Según nos dice su autor, la finalidad de este estudio previo es la de servir de guía al lector en la comprensión de la obra. Desgraciadamente, no creemos que en la forma que está puede siempre servir a tan laudable propósito.

Si el profesor Keller se hubiese limitado a estudiar la personalidad y la obra de José Toribio Medina, a situar en el tiempo y en el espacio la obra que se reeditaba, o a ponerla al día agregando, aparte, los resultados de las investigaciones posteriores, hubiera podido hacer obra útil en el sentido indicado. Pero habiéndose preferido llenar la mayoría de sus páginas con numerosos datos, no siempre correctos o al día, sobre los más diversos problemas de arqueología americana, y hasta con consideraciones de un carácter aún más general, el éxito ha de ser forzosamente dudoso. Máxime cuando su autor cultiva de preferencia la Sociología.

Desde luego que tampoco faltan los datos valiosos y las sugerencias interesantes. Además, la bibliografía citada es realmente grande, aunque se evidencia en ella una cierta unilateralidad.

SALVADOR CANALS FRAU

WESTERMANN, Driedrich: *Geschichte Afrikas. Staatenbildungen südlich der Sahara*, 492 pp. Köln, Greven-Verlag, 1952.

En el año 1940 apareció la «Völkerkunde von Africa», espeso volumen de 665 páginas, que se divide en tres partes: «Pueblos y culturas africanas» por Hermann Baumann, «Lenguas y educación» por Driedrich Westermann, y «Las intervenciones extranjeras en la vida de los Africanos y sus consecuencias» por Richard Thurnwald. Son exposiciones magníficas e insuperadas hasta la fecha. Es, por lo tanto, una gran lástima que, a raíz de la guerra este libro sea casi desconocido fuera de Alemania. También la presente obra de Westermann fué escrita durante la guerra, pero su aparición hubo de postergarse hasta 1952. Es un complemento muy bien venido al primer libro mencionado, en cuyo marco las creaciones políticas y más o menos históricas de los negros no pudieron ser tratadas en detalle. El autor es uno de los africanistas alemanes de mayor prestigio, sobre todo en el campo de la lingüística. Actuó a comienzos de este siglo como misionero en Togo, más tarde como profesor de lenguas africanas en Berlín, Barcelona y Londres. Existen pocos especialistas más capacitados para la redacción de un compendio de la historia africana. Es un tema difícilísimo, pues faltan casi completamente los documentos escritos sobre los acontecimientos al respecto; el historiador tiene que apoyarse casi exclusivamente en tradiciones orales muchas veces contradictorias y anotadas sin criterio científico en tiempos relativamente recientes. En la mayoría de los casos la cronología es muy insegura. Otra dificultad se deduce de la multiplicidad, insignificancia y vida efímera de muchas formaciones estatales en Africa. Cambios caleidoscópicos son característicos para las concreciones políticas de todos los pueblos del mundo

en el crepúsculo de su aparición histórica. Y por fin, existe un obstáculo fundamental del entendimiento de lo que sucedió en el Africa precolonial: nuestro escaso saber del alma africana; en general, podemos solamente relatar procesos exteriores, sin penetrar en las causas más profundas, en los motivos del desarrollo; pues aunque el negro es un hombre como nosotros, con las mismas cualidades básicas, su modalidad es completamente diferente de la nuestra.

Se deben ponderar bien estas reservas que hace el propio autor, cuando se estudia su libro. Es, a veces, una lectura un poco árida y desconcertante, pero también fascinadora por la estupenda riqueza de los hechos expuestos y lo fantástico del mundo que se abre ante nuestros ojos. De gran interés general es el primer capítulo que se ocupa del negro en su relación con las fuerzas motrices de la evolución cultural, de su conciencia histórica, del papel central del jefe de tribu en su vida política y del origen extranjero de todos los grandes Estados de los negros. Después siguen las exposiciones sobre los imperios y reinos de Africa, divididas en once capítulos: el Sudán en general, particularmente sus relaciones con el antiguo Mediterráneo; los reinos del Sudán occidental; los reinos del Sudán central; los Estados del arco del Níger; los Estados de Guinea superior; el Sudán oriental y Abisinia; los Estados de la región de los lagos de Africa oriental; las estepas de Africa oriental; los Estados de los Bantúes matriarcales; los estados de los Bantúes sudorientales y sus conflictos con los blancos. Africa sudoccidental. El tomo termina con una nutrida bibliografía y dos índices. Se sobrentiende que en una obra de un contenido tan denso, se hallarán algunos puntos débiles y partes menos elaboradas. Las exposiciones sobre los reinos de Napata y Meroe, por ejemplo, podrían ser más extensas y concretas; el país Punt—la Pyene de los griegos— sobre cuya localización ya no hay duda, merecería, tal vez, mayor consideración. (Anoto además, una confusión en la numeración de los títulos del capítulo 10, pp. 379, 406, 412; en el índice es correcta). Sin embargo, en síntesis, es la nueva obra de Westermann de una trascendencia extraordinaria, inapreciable; solamente un hombre que dedicó toda su vida a estos estudios, pudo efectuarla. Una traducción a la lengua castellana, me parece extremadamente deseable.

O. F. A. MENGHÍN

BENNETT, W. C.: *Ancient Arts of the Andes*, 162 pp. New York, The Musseum of Modern Art, New York, 1954.

El fin buscado por esta obra de divulgación general, como lo manifiesta René d'Harnoncourt en su introducción, es el de dar a conocer los ejemplos más brillantes del arte andino, fin logrado ampliamente mediante las magníficas ilustraciones que forman parte de ella. La región que abarca es muy amplia, ya que se incluyen todas las zonas de América en las que pueden rastrearse los elementos andinos en el arte, aun aquéllas en las que ellos aparecen muy diluídos, como Panamá, Costa Rica y la Amazonia.

Bennett presenta, en ésta su obra póstuma, un resumen de los diversos patrimonios de los indígenas prehispánicos. Agrupa a estos resúmenes patrio-

niales siguiendo dos criterios simultáneos, uno espacial, por regiones geográficas, y otro, cuando es posible, temporal, por períodos cronológicos. De acuerdo al primero los reúne de la siguiente manera: los Andes Centrales, con Perú y Bolivia; los del Sur, con Noroeste Argentino y Norte de Chile; los del Norte, con Ecuador, Colombia, Venezuela, Panamá y Costa Rica; y una última división: al Este, que comprende toda la cuenca del Amazonas.

Es, desde luego, en el Perú arqueológico donde el autor logra un cuadro más preciso de la vida en épocas pasadas. Con un estilo quizá algo árido, obligado por lo reducido del espacio y el deseo de hacer una presentación rápida pero completa de estas culturas, nos describe su desarrollo. Da con seguridad y sencillez, propias de quien conoce a fondo todos los problemas peruanos, las características que dominan en el arte de cada uno de los períodos y regiones. Podemos seguir ese desarrollo desde las épocas primitivas hasta su culminación en lo Mochica y lo Nazca, y luego el camino hacia una canonización con el Imperio Incaico.

Con respecto a las otras regiones, el autor se limita a exponer breves reseñas de los patrimonios aborígenes, ya que los reducidos estudios arqueológicos no le permiten otra cosa.

Está precedido el estudio de Bennett por una introducción de René d'Harnoncourt, en la cual se exponen los propósitos del libro y se establecen algunos de esos rasgos que permiten suponer la existencia de una uniformidad cultural en toda la amplia zona tratada. Figuran además algunos mapas acompañados por cuadros cronológicos. Ha sido editado por el Museo de Arte Moderno de Nueva York, como complemento de una exposición de arte sudamericano en la cual figuraron piezas representativas de los museos y colecciones privadas más afamados del Viejo y del Nuevo Mundo.

PEDRO KRAPOVICKAS

LAVACHERY, H.: *Archéologie de l'Ile de Paques*, en «Journal de la Société des Oceanistes», vol. X, pp. 133 a 158. París, 1954.

El distinguido arqueólogo francés que firma este trabajo es una figura bien conocida por los estudiosos de Polinesia. Entre otras, debemos a él la más completa monografía sobre los petroglifos de la Isla de Pascua; un trabajo que ha abierto brillantemente la época realmente científica del estudio de los monumentos pascuenses. Con el presente escrito, Lavachery da a conocer los monumentos indígenas de la Bahía de Anakena, uno de los lugares de la isla más ricos en tradiciones y en donde el mito ubica el desembarcadero de los primeros pobladores de Rapanui al mando del rey Hotu-Matu'a.

Luego de una breve descripción topográfica del lugar, el autor relata brevemente las principales tradiciones que se refieren a la bahía, en especial la relativa al poblamiento de la isla y la que considera a Anakena como la residencia de los reyes de Pascua en su vejez. Sigue un ligero relato acerca de las sucesivas visitas de viajeros y estudiosos al lugar tratado y un resumen de la tipología de los *ahus* en base a la clasificación de Métraux. La parte verdaderamente original del trabajo es la descripción detallada de los monumentos; se refiere el autor

a nueve *ahus* y otras construcciones aborígenes. De muchos monumentos brinda también unos prolijos y sintéticos croquis acerca de los cuales debemos lamentar, que no hayan sido reproducidos en un tamaño mayor. Cierra el escrito un pequeño estudio de los trabajos de Métraux y S. Englert.

El trabajo de Lavachery es una importante contribución al conocimiento de la isla más importante de Polinesia. Demasiado a menudo se habla de los monumentos pascuanos y se especula sobre ellos, olvidándose que su estudio científico está aún en los comienzos. Alegra verdaderamente comprobar que también en el campo de la Arqueología se van superando esa superficialidad y el diletantismo que caracteriza la gran mayoría de la literatura relativa a Pascua. Confiamos que el feliz resultado de una expedición que está preparando un navegante afortunado, cuyos curiosos escritos han tenido tan amplia difusión, no tenga como consecuencia otro intento de volver a la época «mítica» de la etnología Rapanui.

MARCELO BÓRMIDA

CANALS FRAU, Salvador: *Las civilizaciones prehispánicas de América*, 647 págs. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1955.

Como lógico complemento de sus dos obras anteriores sobre la prehistoria americana y los aborígenes argentinos, Salvador Canals Frau nos presenta ahora el cuadro de las civilizaciones prehispánicas. Obra de aliento erizada de dificultades, prueba de fuego para el poder de síntesis de un investigador, no lo ha arredrado, habituado ya a manejar las fuentes innumerables que jalonan el conocimiento del pasado americano.

La primera parte de este grueso volumen está dedicada a la presentación cuidadosamente valorada de las diversas corrientes en boga acerca del origen de las civilizaciones americanas. Pasa revista rápidamente a cada una de ellas, sin olvidar una serie de reflexiones introductorias sobre cultura y civilización, con las que podrá o no estarse de acuerdo, pero que sirve, sin lugar a dudas, para clarificar la posición de espíritu de quien las escribe y permite seguir con seguridad la exposición. Presentado este cuadro general, recién inicia la consideración especial de las culturas americanas.

La segunda parte historía las llamadas «culturas preclásicas o formativas», siguiendo en su desarrollo un criterio geográfico orientado de sur a norte, desde los Andes meridionales hasta el área mexicanoide. Destacamos la agrupación en una «Región Colombiano-Centro Americana» de las culturas subandinas de Colombia, las culturas básicas centroamericanas y la de *Playa de los muertos*, dando de este modo continuidad a la línea cultural de las altas tierras americanas. De cada una de ellas exhibe un breve inventario patrimonial y alguna referencia de carácter antropológico, que no siempre, por su exigüidad, puede tomarse como valedera. Tal es el caso de los portadores de la cultura de *El Molle* o la de los *Barreales*. Pues, de ambas apenas si conocemos restos humanos.

La tercera parte la titula «Las clásicas civilizaciones mesoamericanas», consecuente con su manera de agrupar las culturas en formativas y clásicas. En aras

de una clasificación, junto con las clásicas civilizaciones mexicanas coloca al viejo Imperio Maya. En la consideración por separado de cada patrimonio no esquivamos el espinoso problema de la atribución de restos arqueológicos a los restos humanos conocidos, esgrimiendo en cada caso los documentos probatorios.

Las clásicas civilizaciones andinas son expuestas tomando como hito divisorio a *Tiahuanaco*. El autor las agrupa en pretiahuanacuenses, Tiahuanaco y postiahuanacuenses o de los renacimientos regionales. La intensidad de los estudios arqueológicos en los Andes Centrales, y la abundancia de conocimientos, son utilizados con arte, sin sacrificar detalles interesantes al afán de síntesis. La visión de conjunto del mosaico cultural del Perú Antiguo se obtiene con toda claridad.

Bajo el rubro «Últimas realizaciones» pasa revista al Imperio Incaico, al Imperio Azteca y al Nuevo Imperio Maya. Como es lógico, el último momento de las civilizaciones americanas, como más conocido, es el que menos dificultades presenta. Cada aspecto de la vida material y espiritual es tratado por separado, de acuerdo siempre con las últimas novedades de la bibliografía sobre el tema.

En la última parte de esta obra nos presenta Canals Frau lo que él llama «Civilizaciones Periféricas», donde incluye el Norte de Chile, el Noroeste Argentino, la civilización araucana, la región chibcha y las «Siete ciudades de Cíbola». El sector marginal de las civilizaciones andinas es un problema candente y la última palabra está todavía muy lejos de ser dicha. De ahí que los resultados no puedan ser completos, lo cual también se desprende de la exposición.

Hasta qué hemos reseñado en grandes trazos el contenido de esta obra. Digamos algo ahora acerca de su valor.

Un libro como éste, suele prestarse a discusiones y a críticas por la magnitud de su contenido. Podrían objetársele detalles en cuanto a la interpretación de algunos hechos o de teorías de carácter general. Quizá se podría decir que a veces el profano se encontrará perdido frente a especialismos científicos, y el especialista encontrará detalles a su juicio sin importancia; pero ni lo uno ni lo otro puede incidir sobre el conjunto. El juicio acertado sobre su valor será dado sin duda por los estudiantes que se inician en las Ciencias del Hombre. Para ellos la utilidad será incalculable, porque es de fácil acceso por idioma y por estilo y, sobre todo, porque la amplísima bibliografía y las ilustraciones permiten obtener rápidamente las fuentes originales a quien busque completar su conocimiento.

Pensamos honestamente que la obra ha de ser bien recibida en los círculos que se interesan por los problemas americanistas, y más aún, por los recién iniciados. No nos olvidemos que, un Manual de Arqueología Americana en nuestra lengua, puede ser suplido por la obra que terminamos de reseñar.

CIRO RENÉ LAFÓN